

surgir la definitiva ruina del Imperio colonial. También aquí hubo una benemérita **generación del 98**, y los nombres de Publio Hurtado, Sanguino, Monsalud, Llabrés, Castrofuerte, Berjano, Paredes Guillén, Castel, García Plata, Roso de Luna, etc., supieron crear un ambiente cultural hasta entonces desconocido en nuestro suelo y más tarde, salvo muy prestigiosas pero esporádicas actuaciones personales, desaparecido o decaído. Porque es el trabajo en equipo, tan antiguo y tan moderno, una de las cosas que querríamos restaurar. La otra, ampliar el contenido de esta revista sin perder su esencial orientación humanística, a otros campos que no sean únicamente la literatura pura, que en el día de hoy ha descendido mucho de interés como tal ante el público. Aunque siga en lugar preferente el tema literario, deseamos dar cabida en ALCANTARA a la investigación histórica y humana, al ejercicio de las artes, al factor etnológico en que están enraizadas las esencias regionales, a los problemas vitales del momento; todo ello, eso sí, expuesto con la mayor dignidad posible en forma y fondo.

Otras muchas ideas hay en cartera y algunas se irán poniendo en práctica paulatinamente. Sólo a una de ellas querríamos dar vigencia inmediata, y es el contacto íntimo con los lectores. Actualmente una revista o periódico es obra casi tanto de éstos como de quienes la elaboran. ALCANTARA está completamente abierta al pensamiento de cuantos la leen. Las opiniones e ideas, que desde este momento solicitamos, serán siempre agradecidas, algunas veces utilizadas según su viabilidad y cuando menos, recogidas en nuestras páginas en una sección que para ello abriremos.

Serenamente y con viento favorable, esta revista que quiere ser la de los extremeños todos, la de los cacereños especialmente, emprende un tercer viaje hacia el futuro. Para él cuenta con elementos si no tan eficaces como deseábamos, mayores por lo menos que los que hasta ahora estaban a su alcance, y ello por meritoria decisión superior. Pero sobre todo, cuenta como suya la ya aludida colaboración de los hijos de esta región, tanto los que en ella residen como los que alejados de su terruño, han de apreciar como nadie el calor que irradian nuestras páginas. Y pone en fin sus aspiraciones en el altar de Guadalupe, corazón espiritual e histórico de Extremadura y numen de sus glorias imperecederas.

LA DIRECCION



TEMAS DE NUESTRO TIEMPO

por

EUGENIO FRUTOS

I

SOBRE EL DIALOGO



ABLAR de apertura y diálogo está hoy muy de moda. Y esto —el estar de moda— supone siempre un peligro de superficialidad; pero entraña otro peligro más profundo: que aquello de que se habla mucho, corrientemente no se tiene, y se habla de ello precisamente porque se echa de menos. No es, sin

duda, que no se dialogue: se celebran más reuniones, mesas redondas o cuadradas, conferencias y ruedas de prensa que se han celebrado nunca. Pero esto, de por sí, no es dialogar, sino intentar hacerlo. Y puede hacerse de tal manera que los interlocutores aun hablando los mismos idiomas, no se entiendan; con lo que su intento de diálogo se quedará en monólogo, en muchos monólogos, que se interferirán y cruzarán entre sí, formando entre todos una algarabía, en el sentido rigurosamente etimológico de esta palabra.

La lectura de la prensa mundial da esta sensación de algarabía con más frecuencia que fuera de desear. Y, además, casi siempre se habla del diálogo en terreno político, lo que no deja de ser una consideración parcial del tema y de sus posibilidades, que se extienden a todo lo humano, y también, en la oración compartida, a lo divino. Afortunadamente se habla cada vez más de diálogo en el plano religioso, es decir, el más profundo y trascendente del hombre, y esto gracias al Concilio, a las encíclicas pontificias y a la «apertura» general de la Iglesia.

Pero lo que ahora quisiera decir se refiere a la posibilidad efectiva del diálogo entre los hombres, señalando, a ser posible, su última base metafísica y, sobre su fundamento, las bases psicológicas y lógicas en que esa posibilidad se asienta. En relación con la base lógica está la expresión de los conceptos por medio del lenguaje, cuya significación e interpretación también puede influir.

La base última de la posibilidad del diálogo entre los hombres reside en la misma naturaleza humana, ya que el hombre es un ser constitutivamente relacional. Quiere decirse que ya en sí mismo se da el diálogo, como se manifiesta en el hecho de que uno pueda dialogar consigo mismo, siendo a la vez espectador y actor de lo que hace e interlocutor de sí mismo. Esta posibilidad dialógica se funda en la reflexibilidad, es decir, en el carácter racional de todo hombre, aunque no todos alcancen el mismo nivel de racionalidad o la ejerciten desigualmente.

Sin este fundamento último, en el suelo de la propia intimidad, no tendría intimidad suficiente la posibilidad psicológica de la apertura del diálogo en el plano de la personalidad, que corresponde a lo operativo y no a lo constitutivo, o plano de la persona (o «personalidad», como dice Zubiri), ya que lo operativo se basa en lo constitutivo, o, dicho según un viejo aforismo, el obrar sigue al ser, y no a la inversa, como se dice en el historicismo y en el existencialismo.

En esa reflexibilidad íntima se basa la transividad en las relaciones personales. Porque puedo, primero, hablar conmigo mismo,

puedo, en consecuencia, hablar con el prójimo, esto es, con un ser constitutivamente igual a mí, en el que también su reflexibilidad es base de la comunicación conmigo o con los demás seres de la misma especie.

La apertura psicológica se realiza a través de todas las funciones de que el hombre es capaz, esto es, no sólo por vía intelectual, sino también por vía sensitiva y emotiva. Por eso, no sólo hay un lenguaje conceptual, sino también un lenguaje emocional. Y aun en la capa más próxima a la del animal —la simple vitalidad somática— se dan fenómenos comunicativos, que no son iguales que en el animal, dada la unidad del hombre y su imposible separación práctica de las funciones de orden superior. Pero, no obstante, en la función orgiástica, por ejemplo, el hombre se despersonaliza transitoriamente, sumergiéndose en el todo colectivo que realiza la misma función.

Por consiguiente, es en el plano de los sentimientos —sobre todo de los llamados sentimientos superiores— y en el plano lógico de la comunicación intelectual en donde la apertura y el diálogo alcanzan una dimensión propiamente humana, si bien en ocasiones más difíciles de conseguir que la comunicación en planos inferiores. Ortega ha dicho que los hombres se unen por abajo —en la orgía— o por arriba —en el teorema de Pitágoras—, esto es, en el plano somático o en el estrictamente lógico, y se diferencian en la zona media del alma, que es fundamentalmente la zona de los sentimientos. Pero también aquí se da, sin duda, un poderoso elemento de fusión; el amor. Que vertido al lenguaje cristiano es, en su más alta y precisa expresión, caridad.

El amor al prójimo, no sólo como filantropía, sino como amor de caridad es la base de toda firme comunicación entre los hombres. Si amor o caridad faltan, los hombres dejan de entenderse. La comprensión de unos por otros no florece en el clima estéril de los intereses egoístas. Y al no comprenderse, el diálogo se hace imposible: se transforma en monólogos y engendra la algarabía de que anteriormente hablamos.

El diálogo es la manifestación de una verdadera amistad entre los hombres. Y su ejercicio supone el plano de igualdad que establece el reconocimiento de la dignidad humana de todo hombre, cualquiera que sea su categoría social, y el mismo reconocimiento respecto de todos los pueblos, sean ricos o pobres, superdesarrollados o subdesarrollados. Sólo se puede hablar de diálogo amistoso supuesta esa igualdad, pues al inferior se le manda y al superior se le suplica. Mandatos y súplicas hoy tan frecuentes en las relaciones internacio-

nales, con ausencia de auténtico diálogo y de auténtica amistad. Y aun en las relaciones privadas observamos el mismo fenómeno, si bien no tan frecuentemente y más disimuladamente.

Cuando no se obedece al mandato, por considerarlo arbitrario o injusto (a veces con razón, a veces sin ella), se origina la rebelión. Cuando no se escuchan las súplicas, se la prepara. Un mundo revuelto y azaroso, de posiciones rígidas y extremas, es la consecuencia de un mundo inamistoso en el que no se dialoga por falta de comprensión y, en consecuencia, de tolerancia.

Y como no se entienden, cada uno expresa lo que considera como su verdad, pero no *la* verdad. Y el reconocimiento de la verdad y de su posible comunicación es la base lógica del diálogo. Aunque lo que más daña a la posibilidad del diálogo no es la instancia a la verdad lógica, a la adecuación del pensamiento a la realidad, sino lo que atañe a la verdad moral, es decir, el hecho de que los portavoces de los gobernantes, los comunicados oficiales, las agencias informativas y los sistemas de propagandas oculten, disfracen, mutilen, tergiversen, parcelen, alteren la verdad de lo que realmente ocurre, de las verdaderas intenciones que mueven a obrar, de los propósitos y fines. Porque, al ocurrir todo esto, no se puede confiar en nada de lo que se dice, ni aun en el caso de que sea verdad, porque el que oye o lee no puede estar seguro de que lo sea. La desconfianza se adueña de los corazones, y en un clima de desconfianza no hay posibilidad de que florezca el diálogo, pues se dialogará fingiendo y desconfiando, pensando en segundas intenciones y tratando de descifrar la verdad cifrada. Y esto propiamente no es diálogo, porque es cierre o semicierre y no apertura.

Por otra parte, ni aun en el supuesto de que se salvaguarde la verdad moral, queda salvaguardada la verdad lógica cuando se usan las mismas palabras dándoles diverso contenido o significado, pues también aquí se produce el cierre o aislamiento de cada uno o de cada grupo en su peculiar manera de sentir y pensar, derivando hacia el monólogo, aunque aparentemente se hable de lo mismo.

Si los diversos significados pueden referirse a algunos puntos comunes, aun puede darse, aunque con dificultad, un auténtico diálogo, puesto que es como si los interlocutores ocupasen sectores diversos de un mismo círculo, que pueden referirse al mismo centro. Pero si se sitúan en círculos distintos y excéntricos, no habrá centro común de referencia: el diálogo se hace imposible, aunque se intente de buena fe, esto es, sin intención de engañar a los demás. Y, por desgracia, esta situación es hoy muy frecuente.

Como se ve, los fallos se dan en el terreno lógico, moral y lingüístico, que están estrechamente relacionados, pero no afectan ni a la constitución esencial del hombre ni a las bases psicológicas de la comunicación. De suerte que ni en el plano metafísico de la persona, ni en el psicológico de la personalidad, quedan obliteradas las posibilidades del diálogo, ni quedarán, pues para ello, habría de cambiar esencialmente el modo humano de ser. Por esto es siempre posible reemprender con esperanza el diálogo entre los hombres.

Remover el obstáculo de la mentira es cuestión de buena voluntad, de recto sentido moral. Más difícil es alcanzar la verdad lógica y, consecuentemente, el significado unívoco de las palabras para poder entenderse, cuando cada uno cree de buena fe que está instalado en la verdad. Pero el intento de reconducir los pensamientos de las verdades particulares a las universales, puede dar resultado positivo, si se intenta de buena fe y con objetividad, que es lo que hoy habitualmente no se hace, porque hay que abandonar muchos prejuicios e intentar nuevos caminos de acercamiento, buscando lo que une a los hombres y no lo que los separa.

La tarea es dura, acaso larga, pero factible, necesaria y esperanzadora.

II

¿PARA QUE?

La pregunta por las causas finales vuelve una y otra vez por más que se trate de eliminarla. En el campo científico puramente teórico puede darse la cuestión de lado, en suspenso o entre paréntesis, aunque siempre quede latente bajo las leyes que la ocultan. Ya Descartes dijo que había que prescindir de ellas en las ciencias porque en éstas se trataba sólo de buscar el por qué y no el para qué de lo que acaecía. Por supuesto, Descartes no negaba la finalidad, pero consideraba que los designios de Dios eran inescrutables y que por tanto, por vía científica, puramente racional, no podían ser aclarados. Los positivistas y otras direcciones filosóficas del pasado siglo negaron de plano la finalidad. Consideraban vano intentar averiguar si en la trama del acaecer cósmico se revelaban fines o no, puesto que la ciencia se reducía a leyes que establecían las conexiones regulares de los fenómenos, sin ir más allá. Si prescindimos de lo que nos di-

ce la religión, nos encontramos con un proceso evolutivo que no parece tener finalidad alguna. Pero, con esto, el sentido del universo se nos escapa. La consecuencia lejana sería declarar el absurdo de un mundo cuyo sentido no logramos captar. A esta consecuencia ha llegado, como se sabe, el existencialismo.

En el campo de la sociología y de la historia la cuestión se presentaba de modo diferente. Aquí se podía comprobar que los hombres obran según fines, y que los motivos implicaban alcanzarlos. Pero no se trataba de fines cósmicos, ni de un fin último, sino de los fines particulares que caben en la relatividad, contingencia y finitud de los hombres.

No ha faltado, sin embargo, en este campo, quien diga que el proceso histórico carece de fin y sentido, tomado en su conjunto, y que las mutilaciones parciales no nos permiten encontrar un sentido a la historia. También aquí, al prescindir de un fin último, es decir, al prescindir de la religión, la vida humana pierde su sentido. ¿Para qué hacer esto o lo otro si en conjunto nada se resuelve ni se puede resolver? Cualquiera puede reconocer en esta actitud la de algunos movimientos juveniles que se niegan a encajar en un proceso de actividad cuyo valor y cuyo sentido no ven por parte alguna. Se preguntan: ¿Para qué producir y contribuir al desarrollo para producir y desarrollarse más? ¿Tiene ésto algún sentido? Para que lo tuviese habría que reconocer que el bienestar material y su extensión y desarrollo eran valiosos por sí mismos, lo que —vistos los resultados en el mundo actual— no resulta, ni mucho menos, convincente para todos.

Pero la actitud no se da hoy por vez primera. No ya en otras culturas, sino en la nuestra —la occidental— ha aparecido en otras ocasiones, como en la época romántica y postromántica. Cuando el budismo influyó, en el siglo pasado, en el pensamiento europeo, en la filosofía —recuérdese Schopenhauer, por ejemplo— y en la literatura la falta de una respuesta convincente al «para qué» existencial produce la misma impresión de que el mundo carece de sentido. El filósofo alemán Augusto Messer, en su *«Historia de la filosofía»*, trae un poemita de un poeta alemán no muy conocido —Hieronimus Lorm—, que expresa exactamente este sentimiento de incompreensión y vacío. Lo que dice es lo siguiente: «Mientras las estrellas giran — en su celeste tienda, — escucha mi oído el suave — canto del mundo. — De la nada feliz arrancado, — del eterno descanso — a volar sin descanso. — ¿Para qué? ¿para qué?».

Cuando esta interrogación pasa sin respuesta convincente, crece

la angustia existencial. Es lo que ha ocurrido en nuestro tiempo. Puede observarse, no obstante, en muchos sectores de la juventud, que al nihilismo radical ha sucedido la preocupación por encontrar verdaderos valores que den sentido a la vida. En los ambientes universitarios se encuentran muchos jóvenes anhelantes de encontrar lo verdaderamente valioso. Es verdad que la impresión de desorientación es grande, porque al rechazar como inauténticos valores que se han convertido en convencionales o, lo que es peor, en negocio, no es fácil de momento señalar otros o encontrar la autenticidad de los anteriores bajo la capa de falsedad y descrédito que los cubre.

En este ambiente se ha abandonado también la solución sartriana de que todos los valores se equivalen y de que los crea uno mismo al actuar, y depende de uno el que se impongan. Por el contrario, se considera que los valores se jerarquizan por el hecho de serlo, según está tradicionalmente admitido y como sostiene también la moderna teoría de los valores de Scheler y pensadores afines. Pero no se aceptan, sin más, las jerarquías tradicionales: para persistir es preciso ponerlas a prueba, pasarlas por un cedazo crítico y comprobar su eficacia para la acción y para la vida. Este conjunto de «para» forma, así, una constelación de fines.

Hay que reconocer que se buscan preferentemente valores humanos. Lo sobrehumano o lo sobrenatural despierta en los jóvenes cierta desconfianza, por el uso impuro que de estos valores se ha hecho. En este sentido, la posición de la Iglesia, tras el Vaticano II, y la idea de que una fe religiosa no se puede imponer, es convincente, incluso para los no creyentes. Si se añade que la búsqueda de fines valiosos remite, más tarde o más temprano, a un fin último, se comprende que por este camino es más fácil una inserción en la mente joven de los valores religiosos.

La pregunta reviste, en los jóvenes, frecuentemente un aparente subjetivismo. Esto es, no se pregunta ¿qué es lo que da valor a la vida?, sino que más bien suele formularse, explícita o implícitamente, de esta otra forma: ¿qué es lo que puede dar valor a mi vida? Pero he dicho que el subjetivismo es aparente porque, al menos en los casos mejores, «lo que puede dar valor a mi vida» es la realización de una obra que se proyecta hacia fuera, que adquiere objetividad y permanencia, y puede ser, por lo tanto, valiosa también para los demás.

Lo que va teñido de subjetividad real es la respuesta, ya que ha de ser adecuada —y por tanto diversa— para cada hombre, puesto que cada uno es él y no puede ser otro. Aunque se admiten valores uni-

versales, su encarnación o realización por una persona humana es siempre singular y concreta, y en este punto se sigue manteniendo el carácter de concretización que distingue a buena parte del pensamiento filosófico actual. Lo mismo puede decirse en cuanto a mantener al hombre como «punto de referencia central de la metafísica», según la conocida expresión de Marcel.

Digamos por último, que la posición extremada de algunos grupos, como los *hippies* americanos, que se niegan a integrarse en un proceso inacabable de producción y consumo, no significa el rechazo de todos los valores, sino de estos valores de la civilización técnica que pone el dinero y el bienestar material por encima de todo. Pero la búsqueda de la paz y de una vida simple es un fenómeno históricamente reiterado. Así, los cínicos en Grecia y, de modo más moderado, los estoicos y epicúreos. Así, la «vuelta a la naturaleza» en el siglo XVIII. En un mundo al parecer insalvable, trata de salvarse un grupo. Pero, entonces, resulta inevitable recordar que lo que salvó al hombre del mundo clásico no fueron las doctrinas minoritarias de cínicos, estoicos y epicúreos, sino una religión universal: el cristianismo.



Clásicos del Siglo XX

A N U N C I A C I O N

*¡Trasunto de cristal
bello como un esmalte de atauja!*

*Desde la galería
esbelta se veía
el jardín. Y María
virgen, tímida, plena
de gracia, igual que una azucena
se doblaba al anuncio celestial.*

*Un vivo pajarillo
volaba en una rosa.
El alba era primorosa.
Y cual la luna matinal
se perdía en el sol nuevo y sencillo
el ala de Gabriel, blanco y triunfal.*

¡Memoria de cristal!

JUAN RAMON JIMENEZ